

Charlatanería global

Aunque los resultados de la reciente cumbre de Copenhague sobre el calentamiento global no son para echar las campanas al vuelo, es importante acotar que algunos de los movimientos de base más consistentes registran un notable fortalecimiento que ha renovado muchas esperanzas y nadie podrá ignorar en los meses por venir. Para nuestro líder galáctico, como no tiene resultados que mostrar, sólo fue ocasión para enturbiar las aguas tratando de pescar en río revuelto cuando su país -el nuestro- registra el más alto consumo energético per cápita de la región (**La economía del cambio climático en América Latina y el Caribe**, CEPAL 2009).

Sus acusaciones al capitalismo pierden legitimidad en la misma medida en la cual calla los desastres ambientales causados por el socialismo de impronta soviética, armando un discurso difícil de tolerar en un ciudadano común pero infinitamente cínico en una persona que ha acumulado en sus manos más poder que nadie en los últimos 70 años venezolanos: no había mejor ocasión que esa para mostrar los eventuales avances de su gobierno en materia ambiental en largos once años, pero no lo hizo porque no los hay. Curiosamente se limitó a mencionar la tragedia de Vargas, un fenómeno de recurrencia secular no asociable a lo que se discutía en la capital danesa, a menos que hubiera sido para mostrar cómo se podía convertir la desgracia en oportunidad y construir *ex-novo* la ciudad sustentable que demanda el siglo XXI. Los proyectos estaban y también los recursos, pero falló la voluntad política de este “*atroz redentor*” que allá tanto pedía voluntad política.

Chávez y los suyos han mostrado reiteradamente su desprecio por las ciudades, precisamente el terreno en el cual se libra en este siglo la batalla por construir un mundo sustentable y justo. La “*revolución bolivariana*” ha hecho de ellas espacios cada vez más inhóspitos y menos eficientes económica y humanamente con los resultados ya mencionados; la clave de su comportamiento tal vez la tenga J. L. Borges: “*los nómadas no sabían qué hacer con una gran ciudad y no atinaban con la manera de utilizarla para la consolidación y extensión de su poderío... quemar y matan, no por sadismo, sino porque se encuentran desconcertados*”. Que podría ser una forma de sustentabilidad, pero nunca de justicia.